

Sigue navegando

Barquito de papel

Por Raúl León Pérez

Al venir a este mundo, los seres humanos comenzamos a recorrer un camino que para algunos es corto y para otros resulta largo. En este caminar de nuestra vida transitamos por diversas etapas que los especialistas han denominado de diversas maneras teniendo como referencia los años vividos. Muchos coinciden en apuntar que el ser humano vive su infancia de 0 a 10 años de edad, su adolescencia desde los 11 hasta los 16 años de vida y la juventud desde los 17 hasta los 30. Al llegar a esta etapa, la persona vive la adultez que para algunos alcanza hasta los 60 años de edad. Este es, quizás, el período más largo y a la vez más fructífero, en el cual la persona alcanza la cima en su realización como individuo y como ente social. Durante la adultez se desarrollan al máximo las capacidades físicas, espirituales e intelectuales.

Quienes tienen la dicha de sobrepasar los 60 años se adentran en la denominada tercera edad, período en el que tiene lugar el inevitable ocaso de la vida y nos preparamos para el encuentro definitivo con Dios.

Lo anterior nos indica que cada etapa presenta sus características propias. No se entiende que una persona de 60 años quiera existir como si tuviera 20, ni que un niño de cinco se comporte como un adulto de 30 años. Queremos detenernos en ese último ejemplo para incursionar en un tema de suma importancia: el debido respeto a la fantasía e inocencia de los niños.

La responsabilidad, en ese sentido, descansa en la familia, ya que los infantes son meros receptores al no tener el poder de decisión en sus manos. Desde hace algunos años observamos una creciente tendencia hacia el irrespeto de la inocencia en nuestros niños. Un ejemplo de lo anterior se manifiesta en integrantes de la familia que, desde los primeros meses de vida del niño, se ponen a enseñarles palabras obscenas del diccionario marginal con la intención de hacerlo más “machito”.

Otras de las manifestaciones de esa perniciosa tendencia la hallamos en el vestir. Desde hace años se califica de “chea” a la niña que se le ocurra aparecerse en un cumpleaños con una batica bellamente adornada con encajes y con unos zapaticos de charol. La “moda” es que la familia la vista de *adulto*, es decir, con “calienticos” a mitad de nalgas y blusitas mostrando el vientre, combinada con sandalias “metededos” doradas. Sabemos que las modas infantiles cambian con el tiempo, pero siempre deben ser modas para niños.

En el campo de la música sucede otro tanto; así escuchamos a niños entonando canciones de reguetón y hip-hop, cuyas letras son expresión de la incultura marginal que está invadiendo emisoras radiales y televisivas, conciertos y hasta las fiestas de cumpleaños de niños. Atrás va quedando el repertorio de música infantil que nos cantaban nuestros abuelos o padres. Muchísimas madres de hoy día no pueden cantarle a sus hijos para dormirlos porque desconocen la letra de *Arrurú mi niño*, por poner un ejemplo.

Pero no todo es oscuridad. Debemos mencionar el salto cualitativo que ha dado la TV cubana en materia de programación infantil. Recordemos que hasta hace unos años dicha programación era de apenas dos horas al día. Ahora los canales compiten en complacer a los más pequeños con más espacios de muñequitos y la aparición de producciones infantiles como *Canta conmigo*, *Aladino* y otras de factura internacional como *Diego*, *Dora la exploradora* y *Art Attack*, más conocido con el nombre de *Facilísimo*. Además, han reaparecido nuevas versiones de las canciones infantiles *Vinagrito* y *Barquito de papel*...

Meritorio, por otra parte, es el trabajo de la cantante Liuba María Hevia, en lo concerniente a rescatar el repertorio infantil. Sin embargo, no parece muy feliz el programa *Para saber mañana*, el cual muestra la tendencia de presentar a niños con poses de adultos y que leen textos escritos con lenguaje para adultos, en los que se tratan temas relativos a guerras, magnicidios y otras desgracias.

Uno de los elementos fundamentales en la formación del niño es su capacidad de fantasía; este manifiesta la realidad a través de la imaginación y esto conduce a que la intensidad imaginativa muchas veces genere miedos que para eliminarlos no valen las explicaciones mediante razonamientos lógicos, sino el recurrir al pensamiento mágico. Si excluimos este aspecto, lo llevaremos a saltar etapas en su desarrollo que más tarde tendrán serias implicaciones. Negarle la posibilidad de permitirle vivir la fantasía es desconocer su mundo interior lleno de magia y encanto.